MARTIN FIERRO

1834 • En el centenario de José Hernández • 1934

HABLA UN PARIENTE DEL POETA Y MORADOR DE LA CHACRA PUEYRREDON

EL centenario del nacimiento de José Hernández ha hecho recordar el sitio en que el nacimiento tuvo lugar, la chacra Pueyrredón, al oeste del partido de General San Martín, en lo que es actualmente Villa Billinghurst. Esta fué en el mil setecientos y tantos los Caseríos de Perdriel. Luego ya se sabe bien su ubicacion, dada impropiamente por las historias primarias y hasta por las secundarias, en las que, con la poca escrupulosidad que tienen algunos de nuestros historiadores, se hace figurar entre la Chacarita y Ramos Mejia, lo que equivaldría, al referirse a Buenos Aires, decir que se halla entre Santiago del Estero y Montevideo.

Adquirida esta propiedad por los Pueyrredón de los Perdriel, allí vivieron y allí dió Juan Martín el combate que lleva ese nombre, lo que hizo decir a Echeverría:

Aquí el bravo Pueyrredón
lleno de valor se apresta
y sin temor a la muerte
embiste, corre, atropella.
De un carro de municiones
hace generosa presa.
Matáronle su caballo,
pero con gran ligereza
en ancas de otro montando
sin daño, escape, ni ofensa, etc.

Ese fué el primer contraste que hizo pensar detenidamente a los ingleses invasores que los criollos eran difíciles de combatir en un medio bien conocido por ellos; y ese en el anca de cuyo caballo se salvó Pueyrredón, fué un paisano Márquez, vecino y propietario del lugar.

Durante la tiranía de Rozas estaba Victoria Pueyrredón de Pueyrredón con mi bisabuela —de labios de quien escuché este relato— cosiendo en el corredor del frente de la casa cuando llegó un mazorquero y les aconsejó que huyeran, pues aquella noche entraría la Mazorca y "ni esta", dijo el hombre de a caballo señalando a su hija, mi bisabuela, que tenía 6 años, "se va a salvar"

No hubo que esperar un segundo aviso. La misma tarde, en carretas, con todo lo que pudieron llevar, y acompañadas por los Querido, unos gauchos canarios establecidos desde la vecindad hasta el río de la Plata, huyeron hacia el Baradero, de donde pudieron llegar al Brasil.

Cuando Rozas permitió la vuelta al país a la familia Pueyrredón, a fines del año 1830, sólo volvieron de Brasil, en donde estaban exiladas, las mujeres, damas que, pese a la alta situación social de que disfrutaron en aquella tierra y en esta, siempre tuvieron a gran honor expresar que habían tenido necesidad de coser, lavar y planchar "para afuera" con objeto de poder subsistir mientras los parientes que las acompañaban se dedicaban como tantos otros argentinos ilustres corridos por el dictador de Buenos Aires, a los oficios más humildes, lo que no les impedía preparar la caída del tirano por todos los medios a su alcance.

Entonces fué cuando Victoria Pueyrredón,

Frente de la Chacra Pueyrredón en que nació José Hernández y de la que se habla en esta nota.

Esta es la partida de bautismo

Parroquia de la Catedral al Norte.

Don Juan José Gimenez, Cura teniente de la Catedral al Norte certifico, que en el libro veinte y ocho de Bautismos al fº 237 vuelta, se halla una partida del tenor siguiente:

Partida.

En veinte y siete de Julio de mil ochocientos treinta y cinco, con mi licencia, el Presbítero Don Francisco Cortaberría bautizó solemnemente, puso oleo y crisma á un párvulo nacido el diez de Noviembre del año anterior, y se llamó Jose Rafael; hijo legítimo de Don Rafael Hernandez y Doña Isabel Pueirredon, ambos naturales de esta Capital. Fué su padrino su abuelo paterno Don Jose Hernandez, que fué advertido del parentesco y obligaciones contraidas: por verdad lo firmo — Juan Antonio Argerich.

Concuerda con su original al que me remito, y á los efectos que haya lugar espido la presente á ruego de parte legítima en Buenos Aires á veinte y seis de Junio de mil ochocientos sesenta y cinco.

Juan J. Gimenez.

casada con su primo hermano Mariano Pueyrredón, militar de la Independencia y enemigo declarado del tirano, volvió al país acompañada de su hija Victoria, quien poco después contraía enlace con Enrique Lynch (hijo de Patricio Lynch y de Juana Saavedra Zavaleta).

Eran tales los cardales y yuyales que circundaban el sitio en que se habían levantado los caseríos de Perdriel que —contaba mi bisabuela— a no ser por el viejo ombú, testigo de tantas cosas, no hubiera sido posible indicar el sitio buscado. Mama Totó (repito palabras oídas en la niñez, pero recordadas como si fuera ahora) preguntó:

—Pero. ¿dónde está mi casa?

Entonces el conductor de la volanta que las había llevado respondió:

—Aquí, señora.

Y apartando la maleza dejó ver los restos de las paredes de la vieja casona. La Mazorca se había reservado otro capítulo más en la historia de la formación nacional, haciendo honor a su condición de institución privilegiada de don Juan Manuel, cuyos restos se quiere ahora repatriar como para burlarse de los sufrimientos de todo un pueblo al cual había privado de sus hombres más eminentes por medio de persecuciones salvajes perpetradas con la piqueta y con el cuchillo, en los hogares y en las mujeres y en los niños. Discúlpeseme este pequeño desahogo; pero creo, por lo que toca a mi familia y a muchas otras que desde entonces acá se han agrandado notablemente, que los medios empleados por Rozas para gobernar están demasiado vivos en la memoria de las generaciones actuales para intentar nada por la rehabilitación del dictador.

Auxiliada por otros miembros de la familia que permanecían en el país (pues no eran tan perseguidos por el dictador, quien a pesar de su falta de control sabía que debía contemporizar con algunos de los Pueyrredón y de sus parientes más cercanos), mi tatarabuela, con la indomable energía que ha sido la característica de la sangre, hizo levantar sobre los cimientos de los Caseríos, la casa actual, en un todo análoga a la que hizo demoler el tirano. En ese acto había la rotunda y serena afirmación de una mujer exaltada de patriotismo, de que sobre las ruinas institucionales de las Provincias Unidas volvería a levantarse la armonía de la paz.

Después de haber tenido que vender alguna extensión de tierra para atender a los gastos de la política y al montaje del nuevo establecimiento que se dedicó a la agricultura, y sobre todo al mantenimiento de los numerosos parientes que empobrecidos lo necesitaban por vivir en continuas conspiraciones, tanto Mama Totó como su hija y otros familiares que las acompañaban se veían obligados hasta a ordeñar y a amasar pasteles y empanadas que mandaban a vender a los cuarteles de La Crujía y al reducido poblado de la parroquia de Jesús Amoroso, fundada por Feliciano Pueyrredón, sacerdote, hermano de Juan Martín y tío de Mama Totó.

En esa casa nació José Hernández, en plena noche de la tiranía, al calor heroico y cordial de aquellas dos mujeres esforzadas que aguardaban la aurora libertadora que se abrió en Caseros, a una legua escasa de Perdriel.

HE dicho lo anterior porque aunque José Hernández no haya vivido permanentemente en la Chacra Pueyrredón, estuvo siempre en contacto estrecho por vínculos sanguíneos y afectivos con sus moradores, que fueron los inspiradores, intermediarios y protectores de todos los parientes alzados contra Rozas. Por fuerza tenía que adquirir conjuntamente con el espíritu másculo de la raza esas ideas de bondad y de concordia que atrajeron hacia su obra política, y sobre todo hacia la literaria, las miradas de los que habían de juzgarlo seriamente como un alto valor social americano.

Donde vivió temporadas José, o Pepe, como era llamado, fué en La Primavera, casa de su hermana Magdalena, casada con don Gregorio Castro, una de cuyas hijas, Rosa, casó hacia los veinticinco años con Manuel —Macuca—, hijo de Martín Fierro. De allí, establecimiento que dista pocas cuadras de la Chacra, visitaba ésta con frecuencia, pues aparte de tener especial placer en ver a sus moradores, éstos eran los únicos que se hallaban en posesión de datos valiosos para él, que se dedicó siempre al periodismo y a la política.

Son muchos sus parientes que afirman que él nada sabía de campo y no se explican perfectamente que haya podido llegar a escribir una obra en que evidencia un profundo conocimiento de las cosas y costumbres rurales. Pero ello es explicable si se tiene en cuenta que tuvo un contacto estrecho con gentes de la campaña y sobre todo con personas como su cuñado Gregorio Castro, quien le administró la Isabel, la Merced y Martín Fierro —esta última en Capilla del Señor—, estancias adquiridas las primeras por el padre, con quien también había pasado una larga temporada en el campo, en su juventud, y la última con el producto de sus trabajos literarios y periodísticos.

OIGAMOS ahora dos palabras sobre el medallón de doble faz reproducido en el número 2 de esta publicación.

José Hernández tenía una novia, cierta señorita de Echenagucía, a quien le llevó de regalo el medallón en que está retratado de frente y de espalda; pero se lo ofreció de este lado; ella tomó la humorada por un desprecio y, reaccionando bruscamente, se lo arrojó al suelo. El autor del filosófico "Martín Fierro" se conformó fácilmente con el desaire y llevó el medallón a su hermana Magdalena:

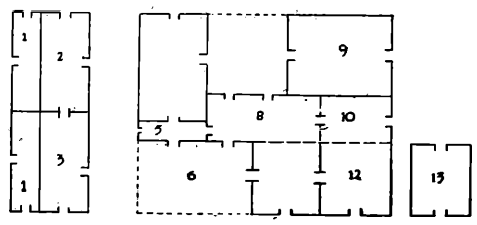
—Tomá, Pelela —le dijo—; la novia no lo quiso.

—Lo que hay —respondió la nombrada— es que a vos ya te anda gustando más Carolina.

Un tiempo después se casaba con Carolina González del Solar.

Patricio Lynch Pueyrredón

LA PIEZA EN QUE NACIÓ EL POETA



Esquema de la Chacra Pueyrredón, cuna de José Hernández: 1-1, piezas de los negros — 2, ceritorio — 3, cocina — 4, 11, 12, dormitorios — 5, pasillo del torno para llevar la comida — 6, corredor descubierto — 7, corredor cubierto, al frente — 8, comedor — 9, sala — 10, dormitorio en que nació el poeta — 13, cuarterba.

Desde la cocina los sirvientes llevaban la comida al torno y allí la tomaban los moradores de adentro, pues en aquellos tiempos peligrosos se cerraba toda la casa y no entraba más que la familia.

LA GLORIA DE LA POESIA POPULAR

MARTIN FIERRO: El poeta laureado García Velloso, director de **La Prensa Española,** ocupándose hoy en su extenso artículo del sensible fallecimiento de José Hernández, popularmente conocido bajo el seudónimo de Martín Fierro, se expresa en estos términos:

"Leamos detenidamente esa poesía popular tan perfectamente analizada por el ilustre argentino don Juan María Gutiérrez; hojeemos esas canciones anónimas conservadas y transmitidas hasta nosotros por la memoria de la muchedumbre, e imitadas con habilidad suma por los payadores que no son otra cosa que nuestros scaldas o nuestros menesingers; recreemos el ánimo con todos los poemas que cantan la gloria de San Martín y Bolívar en sus luchas por la Independencia, y en ellos encontraremos, ora el espíritu indomable de una raza que aspira a poner correctivo a las arbitrariedades de la tiranía; ora el culto a la fuerza individual modificada por el sentimiento religioso; ora la pompa oriental en las imágenes y en los conceptos, debido a la virtud originaria de la sangre española; ora, en fin, la semejanza entre los elementos que han formado las costumbres y la civilización esencialmente americanas.

Martín Fierro, pues, no ha sido otra cosa que uno de los escasos payadores que saben dar en sus endechas vida a las bizarras creaciones de la fantasía del vulgo; uno de esos poetas que encarnan en la simplicidad pintoresca de sus infracciones el sello primitivo de los antiguos bardos, y que cultivan la poesía popular americana independiente y sin mezcla alguna de extranjerismo.

Empresa difícil en extremo es la de avalorar el talento del poeta que acaba de fallecer, y cuyo nombre verdadero sirve de epígrafe a las presentes líneas. En cuestiones de crítica es muy aventurado decir: esto es bueno o esto es malo. Ni aun las inteligencias mejor cultivadas pueden apreciar debidamente esos soles o esas pálidas estrellas que Dios enciende en el cerebro del hombre, y que con más o menos brillantez alumbran las inmensurables regiones del pensamiento o los infinitos espacios de lo pasado y de lo porvenir. Conocemos muchos que funcionan como críticos universales y que, convencidos después de que las aficiones de hacer o deshacer reputaciones no les han dejado tiempo para nada, tienen que dedicarse a estudiar ortografía.

Por lo tanto, diremos que a nuestro humilde juicio José Hernández es un poeta popular cuyas estrofas eran ternura, sensibilidad, sátira y siempre raudales de armonía. En sus expresiones vulgares, pero pintorescas, existe algo que conmueve, sin duda porque, como ya hemos dicho en otra ocasión, el estilo sencillo es más a propósito para mover el sentimiento de las masas populares que el hinchado y artificioso. Sus versos, finalmente, no conspiran, como algunos sostienen, a corromper el habla castellana, sino que con sus giros peregrinos y sus modismos americanos, sin contrariar la índole nativa del idioma, la enriquecen con vocablos nuevos, dando a sus locuciones más robustez, más fuerza y mayor dignidad.

Dichoso tú, Martín Fierro, que ajeno a las grandes luchas de la vida en cuya arena recoge mayor cosecha de ingratitudes el que más vale, has muerto coronado por la admiración y el aplauso del pueblo después de haber saboreado los triunfos que te proporcionaron tu estro y tu imaginación.

Cuando hayan desaparecido del mundo los mal llamados sabios e inteligentes que tuvieron y tienen en muy poco tus improvisaciones vulgares; cuando hayan muerto como tú esos grandes capitalistas y esas improvisadas fortunas que deslumbran con su efímera grandeza, las coplas del trovador modesto continuarán viviendo para no morir nunca. Tu musa personifica y sintetiza la más alta y esplendorosa gloria literaria de los pasados, de los presentes y de los futuros siglos: significa y sintetiza la gloria de la poesía popular."

("El Nacional" de Buenos Aires, 23 de octubre de 1886.)

Costeó este número, de su propio peculio, el doctor RAUL DIAZ, vicegobernador de Buenos Aires. Clisés donados por "CRITICA". Impresores, ZANETTA HERMANOS, 8 número 820, La Plata, Buenos Aires.

•

Envíenos todo dato o comentario que estime interesante sobre José Hernández o sobre su poema, a "MARTIN FIERRO", calle 62 número 576, La Plata.

Los Hernández y los Pueyrredón

EN el Prólogo que Ramón J. Cárcano puso a la edición de 1929 de los "Escritos Históricos del Coronel Manuel A. Pueyrredón" se lee, referido a la genealogía de este patricio argentino (págs. VIII-IX), lo siguiente:

"Patricio de origen, perteneció a la ilustre familia que fundara Juan Martín de Pueyrredón, nacida en Francia, Villa de Issor, en la región de los Bajos Pirineos. Arribó a Buenos Aires en 1763, dedicándose al comercio mayorista, cría de ganados y exportación de frutos, adquiriendo pronto una posición desahogada, que para entonces era una fortuna.

"El 2 de junio de 1766 casó con Rita O'Dogan, del vecindario de Buenos Aires, y de origen irlandés.

"Después de 29 años de residir en los dominios del Rey, de prestar servicios civiles y militares, de crear hondas vinculaciones de intereses y familia, obtuvo carta de naturalización española y participó en todos los aspectos de la vida de la colonia.

"Nacieron de su matrimonio ocho hijos: Juan Martín, precursor y prócer de la revolución de Mayo, José Cipriano, Diego José, Juan Andrés, Feliciano, Juana, Magdalena e Isabel, que fueron esposas de Sáenz Valiente, Ituarte y Albarellos.

"José Cipriano casó con Manuelita Camaño el 22 de febrero de 1800. Tuvieron dos hijos varones y tres mujeres, Manuel Alejandro, nacido en Baradero el 3 de mayo de 1802, y Adolfo Feliciano, nacido muchos años más tarde en San Isidro el 9 de junio de 1825. Victoria, Rita (casada en primeras nupcias con el coronel Francisco Lynch) e Isabel, casadas con Mariano de Pueyrredón, Miguel Magariños y RAFAEL HERNANDEZ, respectivamente."

Este Rafael Hernández fué el padre de nuestro poeta.

ERA CANTOR DE MULTITUDES

ESTAMOS en este minuto solemne y triplemente atribulados porque perdemos a un amigo que era la alegría del hogar, un ciudadano que tenía fibras de tribuno, y finalmente un poeta.

No sé si el genio consiste en tener mucha o ninguna originalidad, en ser sencillamente el representante genuino de una tendencia, de un sentimiento, de una pasión nacional, en un momento dado de la historia.

Lo afirmo que cuando haya sido sepultada en el polvo del olvido la fama de muchos de nuestros grandes hombres de circunstancias, persistirá en la memoria del pueblo el nombre de Martín Fierro, y que José Hernández no habrá muerto, aunque sus deposos se hayan desvanecido.

Su obra no ha sido fantástica ni caprichosa, porque su corazón vibraba al unísono del corazón del pueblo, cantando sus sufrimientos, sus dolores, sus tristezas, como quien interrumpe un himno a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad, para recordar con estrofas inteligibles que hay clases olvidadas y desheredadas, que reclaman nuestra patriótica solicitud.

Sí, José Hernández fué todo un poeta, y los que han dicho que la poesía ama las musas y no la verdad, tienen que convenir, esta vez al menos, en que América puede reivindicar para sí, entre otras glorias puras, la de tener cantores que hallan ecos simpáticos en las multitudes, siendo intérpretes sinceros de sus nobles ideales, bardos que se elevan hasta el pináculo donde moran aquéllas sin defraudar la realidad. Y por eso repito que su obra será inmortal, aunque no la habremos celebrado con verdadero cariño sino cuando sobre esta modesta fosa se proyecte y se destaque airosa su figura en mármol escultural.

Señores: Un último adiós a la memoria del que deja en las filas del pueblo un vacío inmenso que no se colmará con facilidad, que era uno de los suyos, que aprendió la vida en la lucha por la existencia, que no tuvo más escuela ni más universidad que su talento y su perseverancia.

(Del discurso del general Lucio V. Mansilla en el momento de la inhumación de los restos de José Hernández, el 22 de octubre de 1886. Publicado en el diario "El Nacional" de Buenos Aires al día siguiente.)

Este ombú se halla al frente de la Chacra Pueyrredón, en que nació el poeta. Tiene más de 200 años de antigüedad. A su sombra reunió y adiestró Juan Martín de Pueyrredón las fuerzas gauchas que resistieron en 1806 a los primeros invasores ingleses de Buenos Aires.

◆

El Poeta escribe a sus Editores

(A LOS EDITORES DE LA 8ª EDICION)

Señores Editores:

Sin ningún interés egoísta, ni aun de amor propio siquiera, deseo a ustedes un éxito feliz en su pequeña empresa.

Ojalá que el público compense con generosa protección, no el mérito de la obra que ustedes van a ofrecerle, que es bien escaso ciertamente, sino sus esfuerzos y los sacrificios empleados para hacer de ella una edición abundante y esmerada.

Permítanme ustedes manifestarles ahora la confianza con que espero de su fina atención, que reserven a esta carta un pequeño espacio entre las páginas del folleto, porque anhelo satisfacer en ella una deuda de gratitud que tengo para con el público, para con la prensa Argentina y mucha parte de la oriental; para con algunas publicaciones no americanas, y para con los escritores que dignándose ocuparse de mi humilde trabajo, lo han ennoblecido con sus juicios, ofreciéndome a la vez, sin ellos procurarlo, la recompensa más completa y la satisfacción más íntima.

Hace apenas dos años que se hizo la primera edición de "Martín Fierro" en un pequeño número de ejemplares.

Su aparición fué humilde como el tipo puesto en escena, y como las pretensiones de autor.

Algunos diarios de Buenos Aires y de la campaña, como "La República", "La Pampa", "La Voz del Saladillo" y otros, dieron cuenta al público de la aparición de aquel "gaucho", que se exhibía cantando en su guitarra las desgracias y los dolores de su raza.

Las recomendaciones eran hechas en conceptos lisonjeros y honrosos y los resultados fueron completamente favorables.

Antes de dos meses estaba agotada la edición, tras de la que han venido otra y otra hasta la 8ª ó 9ª, que ustedes preparan ahora.

Ya ven ustedes cuán difícil me será satisfacer la deuda de agradecimiento que me impone la acogida dispensada a ese harapiento cantor del desierto.

La prensa argentina en general ha honrado también con una benevolencia obligante las trovas del desgraciado payador; y en una misma época o sucesivamente, los cantos de "Martín Fierro" han sido reproducidos íntegros o en extensos fragmentos por "La Prensa", "La República" de Buenos Aires, "La Prensa de Belgrano", "La Epoca" y "El Mercurio" del Rosario", "El Noticiero" de Corrientes, "La Tribuna" y "La Democracia" de Montevideo, nombre no recuerdo, o cuyos ejemplares no he logrado obtener.

Así, al consignar aquí los nombres de esos obreros del pensamiento, en que se encuentran representados todos los matices de la opinión, deseo significar con este recuerdo legítimo agradecimiento, haciéndolo extensivo a muchos órganos de la prensa oriental, como "La Tribunal" y "La Democracia" de Montevideo, "La Constitución" y "La Tribuna Oriental" de Paysandú, que, o lo han reproducido íntegro o en parte, o lo han favorecido con sus juicios popularizando la obra, y honrando al autor.

La publicación ilustrada "El Correo de Ultramar" le brindó en sus columnas acogida que no podía ambicionar jamás esa creación humilde, nacida para respirar las brisas de la pampa, y cuyos ecos sólo pueden escucharse, sentirse y comprenderse en las llanuras que se extienden a las márgenes del Plata.

Por lo que respecta a los escritores cuyos fallos honrosos colocan ustedes al frente de la nueva edición, ellos comprenderán los sentimientos que me animan, con sólo manifestarles mi persuasión íntima de que, el éxito que pueda alcanzar en lo sucesivo, lo deberá casi en su totalidad a esos protectores, que han venido galante y generosamente a abrirle al pobre "gaucho" las puertas de la opinión ilustrada.

Ellos son autores, y de producciones ciertamente de mayor mérito que la mía, aunque de diverso género, y ellos saben por experiencia propia cuán íntima satisfacción derrama en el espíritu de quien ve su pensamiento en forma de libro, al ver ese mismo libro hojeado por los hombres de letras, honrado con su aprobación y prestigiado con su aplauso.

Aquí podría, y hasta quizá debería poner término a esta carta, puesto que he cumplido los principales objetos que he tenido en vista; pero sea el hábito que se forma todo el que se pone en frecuentes confidencias con el público, o sea cualquiera otra razón, lo cierto es que siento la necesidad de dar expansión a mis ideas, y de dejar correr libremente el pensamiento siquiera por algunos instantes.

Quizá tiene razón el señor Pelliza al suponer que mi trabajo responde a una tendencia dominante de mi espíritu, preocupado por la mala suerte del gaucho.

Mas las ideas que tengo al respecto las he formado en la meditación, y después de una observación constante y detenida.

Para mí, la cuestión de mejorar la condición social de nuestros gauchos no es sólo una cuestión de detalles de buena administración, sino que penetra algo más profundamente en la organización definitiva y en los destinos futuros de la sociedad, y con ellas se enlazan íntimamente estableciéndose entre sí una dependencia mutua, cuestiones de política, de moralidad administrativa, de régimen gubernamental, de economía, de progreso y civilización.

Mientras que la ganadería constituya las fuentes principales de nuestra riqueza pública, el hijo de los campos, designado por la sociedad con el nombre de "gaucho", será un elemento, un agente indispensable para la industria rural, un motor sin el cual se entorpecería sensiblemente la marcha y el desarrollo de esa misma industria, que es la base de un bienestar permanente y en que se cifran todas

las esperanzas de riqueza para el porvenir.

Pero ese "gaucho" debe ser ciudadano y no paria, debe tener deberes y también derechos, y su cultura debe mejorar su condición.

Las garantías de la ley deben alcanzar hasta él; debe hacérsele partícipe de las ventajas que el progreso conquista diariamente; su rancho no debe hallarse situado más allá del dominio y del límite de la escuela.

Esto es lo que aconseja el patriotismo, lo que exige la justicia, lo que reclama el progreso y la prosperidad del país.

No se cambia en un año, ni en un siglo a veces, la planta de la riqueza pública de una nación.

Muchas falsas teorías, muchos principios erróneos, y que eran aceptados hasta hace pocos años como axiomas a los cuales estaban obligados a ajustarse todas las ideas, han venido a ser destruídos por los adelantos de la ciencia, y por los fantásticos progresos que el genio del hombre realiza a cada instante.

Así ha sucedido en todas las ciencias; así sucede, por lo tanto, en las ciencias sociales.

Sus verdaderos principios, como todos los que forman el más sólido fundamento del progreso humano, son contemporáneos de la América, lo más.

Antes no se admitía la idea de un pueblo civilizado sino cuando había recorrido los tres grandes períodos de pastor, agricultor y fabril.

La intransigente severidad de tales principios exigía el tránsito de un pueblo por esas tres evoluciones de la economía industrial, para discernirle el título de cultura, que de otra manera no lograba alcanzar jamás.

Un pueblo pastor significaba una sociedad embrionaria, colocada en el primer período de su formación, y elaborando lentamente en su seno los elementos que debían elevarlo en la escala de la civilización, que el error y el atraso habían graduado.

Pero tales errores no son de la época, y el progreso moderno en todas sus manifestaciones se ha encargado de disiparlos totalmente.

El vapor, dando seguridad y facilidades a la navegación, los ferrocarriles suprimiendo las distancias, el telégrafo ligando entre sí a todas las sociedades civilizadas, han convertido al mundo en un vasto taller de producción y de consumo.

La actividad de los cambios circula en las inmensas arterias de ese cuerpo formado por un planeta, con facilidad y rapidez, y sus efectos se extienden en cada grupo social hasta el más lejano de los miembros que lo componen.

Los pueblos no viven ya en el aislamiento que los condenaba a marchar paso a paso, realizando lentamente las conquistas destinadas a asegurar su progreso y su perfeccionamiento.

Hoy sus evoluciones son menos tardías, llevan impreso otro sello, y obedecen a otra tendencia.

En nuestra época, un país cuya riqueza tenga por base la ganadería, como la provincia de Buenos Aires y las demás del litoral argentino y oriental, puede, no obstante, ser tan respetable y tan civilizado como el que es rico por la agricultura, o el que lo es por sus abundantes minas, o por la perfección de sus fábricas.

La naturaleza de la industria no determina por sí sola los grados de riqueza de un país, ni es el barómetro de su civilización.

La ganadería puede constituir la principal y más abundante fuente de riqueza de una nación; y esa sociedad, sin embargo, puede hallarse dotada de instituciones libres como las más adelantadas del mundo; puede tener un sistema rentístico debidamente organizado, y establecido sólida y ventajosamente su crédito exterior; puede poseer universidades, colegios, un periodismo abundante e ilustrado, una legislación propia, círculos literarios y científicos; pueden marchar formando parte de la inmensa falange de los civilizadores de la humanidad, sus publicistas, sus oradores, sus jurisconsultos, sus estadistas, sus médicos, sus poetas; y seguir de cerca las huellas de las escuelas más adelantadas sus ingenieros, arquitectos, pintores y músicos; cultivar finalmente con igual éxito y con honroso afán, todos los demás ramos de utilidad u ornato, que forma la esfera recorrida por la actividad de la inteligencia humana en su giro infatigable y luminoso.

De estas ideas, a darle un libro la tendencia que se ha observado en el que nos ocupa, no hay distancia que recorrer.

Sus límites se tocan visiblemente.

Terminaré en pocas palabras más.

Para abogar por el alivio de los males que pesan sobre esa clase de la sociedad, que la agobian y la abaten por consecuencia de un régimen defectuoso, existe la tribuna parlamentaria, la prensa periódica, los clubs, el libro y, por último, el folleto que no es una degeneración del libro, sino más bien uno de sus auxiliares, y no el menos importante.

Me he servido de este último elemento, y en cuanto a la forma empleada, el juicio sólo podría pertenecer a los dominios de la literatura.

Pero en este terreno "Martín Fierro" no sigue ni podía seguir otra escuela que la que es tradicional al inculto payador.

Sus desgracias, que son las de toda la clase social a que pertenece, despiertan en los que participan de su destino un interés fácil de explicar, pues si la felicidad aleja, el infortunio aproxima.

¡Ojalá que "Martín Fierro" haga sentir a los que escuchen el calor del hogar, la relación de sus padecimientos, el deseo de poderlo leer!

A muchos les haría caer entonces la baraja de las manos.

A punto de terminar esta carta, recibo un periódico en que se registra una correspondencia del doctor Ricardo Gutiérrez, datada en París, en 12 de Julio último.

Interrumpí mi trabajo para leerla, aunque rápidamente, pero con el interés que me inspira cuanto sale de la pluma de ese distinguido compatriota, que parece pertenecer a aquella civilización antigua que nos admira todavía, y de la que se dijo que todos los poetas eran sabios y todos los sabios eran poetas.

Me permito transcribir algunos párrafos de esa correspondencia, y juzgue el lector de la oportunidad y motivo de la reproducción.

Habla el doctor Gutiérrez:

"Por todas partes donde caminamos en las capitales del mundo nos seduce un espectáculo grandioso: cada hombre del pueblo vive de un arte, de un oficio, de una profesión; la Francia es hecha por los franceses, y el Brasil por los brasileños, y así cada nación culminante con todo lo que encierra y vale, desde el fondo de la alcantarilla hasta la cruz de la torre.

"Educar el pueblo quiere decir aquí darle medios de vida por la enseñanza del trabajo, que es el título de su significación social, el radio por el cual converge al círculo de las naciones civilizadas y su base de orden, de progreso, de aspiración y de paz; y así los europeos creen sociedades primitivas a las naciones sudamericanas, porque las ven ausentes en los concursos de exposición. El que mira sin pasión este criterio lo encuentra ajustado a la verdad, porque los arcos y flechas del Chaco y los trozos de madera bruta que hemos dado por muestra de nuestra existencia en los certámenes de las artes y la industria universales, retrogradan lealmente hasta los tiempos de la conquista nuestra significación social. Allí es donde a veces ha oprimido el corazón esta bárbara pregunta:

"—Y los gauchos de allá ¿son antropófagos?

"—No, señor —he respondido—; son cristianos, pastores, son agricultores y jornaleros; los más famosos jinetes de la tierra; son criaturas de un corazón noble y bravo, de una inteligencia sorprendente; son hospitalarios, sobrios y generosos y habituados a tan enormes trabajos rurales, que son los únicos que no le sean disputados por el incesante concurso de la inmigración."

Bien, pues; creo que las figuras colocadas en escena en el "Martín Fierro" no desmienten ni contradicen esos rasgos de la fisonomía moral y del carácter distintivo de nuestros gauchos, trazados con rapidez, pero con exactitud, por el autor de los párrafos que acaban de leerse.

Termino ésta con la satisfacción de hallar, de este modo, robustecida y confirmada mi opinión con la de un observador prudente, a quien el espectáculo de la civilización europea no ha debilitado sus simpatías y su admiración por la naturaleza americana, con todas sus grandezas y con todos sus defectos.

Pido a ustedes humildemente disculpa por la demasiada extensión que he dado a esta carta y me ofrezco

A. S. S.

José Hernández

Montevideo, Agosto 1874.

A JORGE ISAACS
AUTOR DE "MARIA"

Jorge: Vuelvo a tomar mi humilde péñola
Para escribirte la tercera carta,
Sobre un recuerdo que tus dulces versos,
Trajeron a mi alma.

Recordé al suspirar tus bellos cantos,
Las "décimas" que al sol de la guitarra
Entona, tristemente, Martín Fierro
Al borde de la Pampa.

Ese agreste cantor, que simboliza
La miserable vida de una raza
Que espera, como él dice, que algún criollo
Gobierne en esta patria!

¡Raza infeliz que, con la fe sublime
Del que lleva en el alma una esperanza,
Espera que algún Cristo lo redima
De su culpa soñada!

¡Cuántos, amigo Jorge, de sus hijos
Merecen que en el centro de una plaza
Se les eleve un monumento eterno
Por sus grandes hazañas!

¡Cuántos porque nacieron en América
No tienen un recuerdo, ni una lágrima;
Habiendo muerto, como grandes héroes,
Luchando por la patria!

¡Cuántos hay que merecen la aureola
Del genio de las musas agraciadas,
Y que no se les da, porque se inspiran
Muy lejos de la Francia!

Martín Fierro, el poeta sin laureles,
En el silencio de la noche canta,
Con voz de doloroso sentimiento,
Sus ímprobas desgracias.

Y no advierte que canta las de todos
Los que nacen al borde de la Pampa,
¡Los que saben luchar como leones
En las grandes batallas!

No advierte que en sus "décimas" monótonas
Hay destellos rosados de alborada
Iluminando un mágico paisaje,
De tierra americana.

No advierte que hay relámpagos de tarde
Clareando la llanura solitaria,
Donde palpita la mirada eterna
Del Dios de las borrascas!

No advierte que la vida de los campos
Con colores espléndidos retrata:
¡Con los colores que le presta el Iris
Del cielo de la patria!

En la verdad él busca la poesía,
Y en la verdad de sus dolores la halla,
Como una fresca y cándida violeta
En medio de unas zarzas.

Del "payador" humilde, Martín Fierro,
Te envío, Jorge, las hermosas páginas,
Léelas a orillas del modesto Nima,
En tu valle del Cauca.

Sin más, amigo, te saluda atento
Desde una "tosca" del inmenso Plata
El que, a pesar de Avellaneda, admira
Los versos que tú cantas!

SALVADOR MARIO

Buenos Aires, diciembre 17 de 1877.

Dibujo de M. P. Allo